

El 65% de los centros de culto musulmanes han sido dañados en la campaña dirigida desde Pekín para diluir la cultura de la minoría uigur en China

Las mezquitas clausuradas del 'nuevo' Xinjiang

MACARENA VIDAL LIY

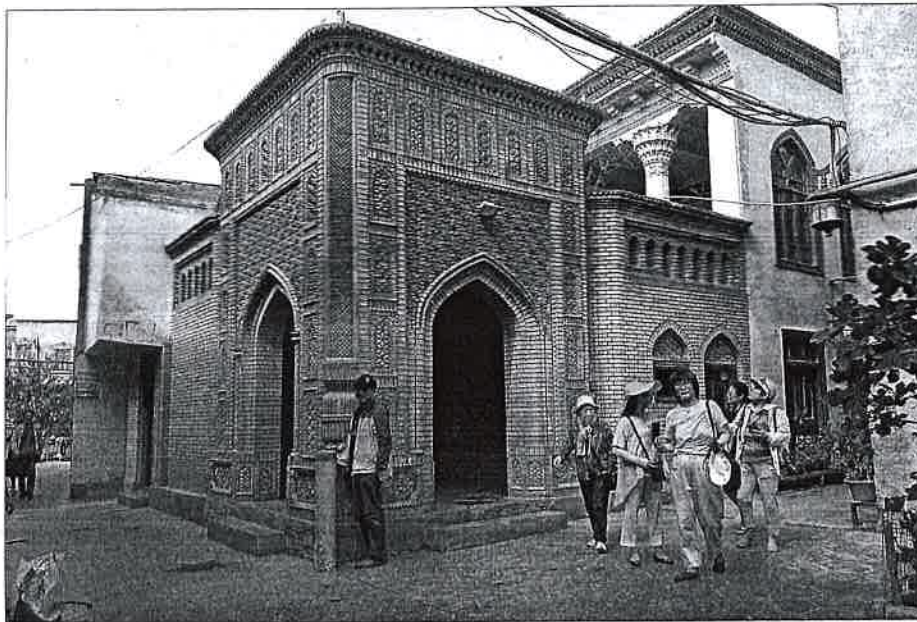
Kashgar (China)

En las calles serpenteantes de la ciudad vieja de Kashgar, en Xinjiang, grupos de turistas de la etnia han —la mayoritaria en China— con viseras, cámaras fotográficas y móviles se apelotonan para hacerse selfis en torno al siguiente edificio en su itinerario: un pórtico flanqueado por dos torres —dos minaretes—, ambas quebradas. “Esto”, explica el guía, “solía ser una mezquita. Pero las autoridades le retiraron el permiso. Y es bueno que lo hayan hecho. Primero, porque así se combate la liberalización religiosa. Segundo, porque el islam estipula que cada tantos habitantes haya una mezquita, y la costumbre dice que su construcción y mantenimiento lo pagan los vecinos. Ahora, como ya no funciona, los vecinos se ahorran ese dinero y lo pueden invertir en otras cosas”.

Los turistas continúan tomándose selfis y el guía, hablando imperterritó: “Los creyentes tienen total libertad para rezar, pero en las mezquitas grandes, construidas por el Gobierno”. A unos centenares de metros, otro grupo se toma también fotos junto a otra mezquita decomisada, también con los minaretes destruidos. El pórtico ha sido cubierto con planchas de yeso de color rosa pálido. “¡Es un color muy bonito!”, señala una turista de mediana edad. Unas calles más allá, otra mezquita cerrada, también sin sus minaretes ni ningún otro símbolo que la identifique como tal. Y otra. Y otra.

En un paseo al azar por el casco viejo de Kashgar, una de las ciudades clave para la cultura uigur en Xinjiang, se cuenta una treintena de mezquitas. De ellas, solo tres, incluida la majestuosa *Id Kah*, la principal de la ciudad, mantienen su función religiosa, todas adornadas con una bandera nacional ondeante y el cartel “amar a la patria, amar al Partido”. Otras se han reconvertido en centros de vacunación contra la covid o tiendas de recuerdos. Una llegó a transformarse en una cafetería, otra sirve de urinario para los turistas; en su interior, aún es posible distinguir el área donde se practicaban las abluciones rituales. Pero la mayoría están, simplemente, cerradas.

No ocurre solo en Kashgar. Imágenes vía satélite muestran la desaparición de referencias culturales uigures en toda Xinjiang. A 500 kilómetros al este, en Hotan, otra de las ciudades con mayor proporción de habitantes uigures en la región (un total unos 12 millones), la hoz y el martillo presiden un monumento a “los valores fundamentales del socialismo”. El parque donde está es nuevo: se montó justo a tiempo para las celebraciones del centenario del Partido Comunista el pasado día 1. Antes había una mezquita, la del Bezer del Cabello, una de las más populares de la zona.



Turistas chinas pasan junto a una mezquita clausurada en la ciudad antigua de Kashgar. / M.V.L.

La historia oficial del mausoleo de Afaq Hoja

Kashgar, o la capital de Xinjiang, Urumqi, parecen menos afectadas que otras localidades no tan turísticas, como Hotan o Yarkand, en cuanto a la desaparición de sus lugares sagrados. Aunque, como las mezquitas sin minaretes de Kashgar, parecen haberse preservado más como atracciones turísticas que como lugares de culto. La antigua madrasa de Sachi Medris, en Kashgar, hace años que no funciona como escuela coránica.

En las afueras de Kashgar, son una atracción turística lo que desde 2015 se conoce como

los jardines de la princesa Xiangfei: un mausoleo centenario, de cúpula soberbia y altos minaretes. Es un santuario sufi, y uno de los lugares más importantes para la cultura uigur. Es el mausoleo de Afaq Hoja, un caudillo militar que combatió a la dinastía de Qianlong en el siglo XVIII. El clan que fundó estableció a mediados del siglo XIX un breve Estado independiente. Durante años, fue un centro de peregrinaje, donde los uigures acudían a aprender sobre su historia. Aunque el nombre del líder sí aparece en su tumba,

no se menciona nada sobre él, ni de su vida o legado, en el recinto. Los jardines celebran hoy otra historia: la de una noble uigur, Xiangfei (Concubina Fragante, en mandarín) o Iparhan —su nombre uigur— y el amor entre ella y el emperador Qianlong, el conquistador que integró a la región en la órbita china hace dos siglos y medio. En esta versión, Xiangfei/Iparhan encarna el espíritu de unidad entre las dos etnias que tanto se promociona en carteles oficiales. Los libros anteriores a la República Popular en 1949 hablan, en cambio, de la esposa de un caudillo de Kashgar tomada como botín tras el triunfo de las tropas imperiales y la ejecución de su marido. Llevada a Pekín, acabó quitándose la vida.

Algunos templos se han convertido en tiendas turísticas o en urinarios

La práctica religiosa está limitada y no se ven símbolos en público

sido dañadas como consecuencia de políticas gubernamentales, la mayor parte desde 2017. De ellas, 8.500 han sido demolidas. Además, un 30% de importantes lugares islámicos —santuarios, escuelas, cementerios, partes integrales de la cultura uigur y su conexión con el territorio— también han sido destruidos, y un 28%, dañados o alterados. Un nivel de eliminación como no se veía en China desde los tiempos de la Revolución Cultural.

“La eliminación deliberada de elementos tangibles de la cultura local uigur e islámica en Xinjiang parece ser una política dirigida desde el centro, pero puesta en

marcha de manera local, cuyo objetivo último es chinizar la cultura local y, al final, lograr la completa transformación del pensamiento y comportamiento de la comunidad uigur”, apunta el estudio de ASPI.

Esa transformación, analiza por teléfono el profesor Rian Thum, del Instituto de China en la Universidad de Mánchester, se hace extensiva a las viviendas. “En los propios documentos gubernamentales está muy claro que quieren cambiar los espacios culturales físicos en los que habitan los uigures —incluso sus hogares— para mutarlos en lo que consideran moderno y civilizado. El Estado chino percibe la cultura uigur como atrasada y bárbara. Ve la destrucción como algo que trae modernidad, progreso y civilización a un pueblo atrasado”. También, agrega Thum, “creen que la cultura uigur es la razón, o una de las razones, por las que los uigures se resisten al mandato del Gobierno. Así que eso probablemente explique por qué están destruyendo todas estas cosas”.

Vigilancia

China asegura que cuida y repara los lugares de culto musulmanes, y niega categóricamente que limite las prácticas religiosas de la minoría uigur. “La Constitución estipula que los ciudadanos no tienen derecho a sus creencias religiosas. Ninguna organización gubernamental, grupo social o individuo les obligará a tenerlas o no, ni les discriminarán por motivos de fe. Todas las actividades religiosas legítimas están protegidas”, sostenía un portavoz del Gobierno de Xinjiang en marzo.

Pero las pocas mezquitas operativas solo abren sus puertas los viernes, y no para las cinco plegarias preceptivas. Ese día sagrado, a la hora autorizada, las tres de la tarde, pueden verse a docenas de ancianos uigures acudir a la mezquita milenaria de *Id Kah*. Pero a otra más pequeña solo se acercan tres personas. “No, no vamos a rezar. Vamos a charlar de nuestras cosas”, asegura el portero, antes de cerrar la puerta con firmeza. Como en otras mezquitas, varias cámaras vigilan la entrada.

Fuera de los lugares de oración, la práctica religiosa también parece limitada. No se ven símbolos en público. Poseer un Corán o ayunar en Ramadán —denuncian ONG y uigures en el exilio— puede ser motivo para acabar en uno de los temidos campos de reeducación con los que China asegura que ha derrotado al terrorismo islamista. “Los musulmanes que viven en Xinjiang no pueden practicar su religión”, asegura Amnistía Internacional en un reciente informe. “Como resultado de la constante, creíble amenaza de detención, los musulmanes en Xinjiang han modificado su comportamiento hasta tal punto que ya no dan signos externos de practicar la religión”, añade.